

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Pilar Irureta Goyena

De los bibliotecarios, la formación y la información

Publicado en Cuadernos Hispanoamericanos

Número 584 (Febrero 1999)

De los bibliotecarios, la información y la formación

Pilar Irureta-Goyena Sánchez

1. Introducción

«Los bibliotecarios serán de honrado nacimiento y buenas costumbres, excelentes en la lengua latina, teólogos, juristas o canonistas, y graduados en alguna de las universidades.» A mediados del siglo XVIII, en la creación del cargo de bibliotecario de la Biblioteca Real en España, encontramos las primeras especificaciones españolas del *curriculum* del profesional, un profesional al que se le pedía que fuera anticuario (porque antigüedades y medallas son un objeto particular en la biblioteca), humanista, lingüista, historiador, etc. Estas especificaciones determinan también de forma implícita la adquisición de determinados conocimientos por parte de los bibliotecarios, es decir su aprendizaje, y además vinculan (y en este caso por mandato Real) al bibliotecario con la enseñanza superior en una mención expresa a la universidad.

También en esa época, 1785, y en las bibliotecas públicas, se dice que «para su ordenación quiero que se nombre un bibliotecario que esté en la biblioteca las horas que le destinen con la obligación de enseñar la historia literaria (...)». Más relaciones con la enseñanza, con la necesidad de aprender, se establecen en las bibliotecas universitarias, donde se exigen bibliotecarios que enseñen, expertos en lenguas griega, latina y árabe.

El objeto de esta enseñanza por parte de los bibliotecarios no son técnicas documentales, análisis documental, tesauros o clasificación, ni tampoco planificación o recuperación de información, sino aquello que entonces se encontraba en su universo. Y hay que pensar que la profesión, que entonces tenía que ver especialmente con los libros y las antigüedades, se ha enseñado, y los bibliotecarios se han formado desde siempre aunque no haya sido hasta el siglo pasado cuando se ha estructurado la vertiente académica, consolidada en nuestro tiempo en el caso de España.

Una reflexión sobre la formación en este ámbito, el de la biblioteconomía y la documentación, el de la información, obligatoriamente tiene que moverse en terrenos movedizos porque movedizo es el propio objeto de la formación en una disciplina cuyo función es organizar los conocimientos

humanos de la forma más adecuada para que todos podamos hacer uso de ellos. Además, la idea del cambio, que inunda la literatura profesional, ciertamente está muy presente en todo lo que tiene que ver con nuestra parcela de mundo, y es inseparable por lo tanto de cualquier consideración sobre la profesión y sobre su enseñanza.

Esta situación de variabilidad y también la relativa juventud de la integración en la universidad, entre otras cosas, hacen que la formación despierte un gran interés en multitud de foros y sea motivo de investigación para muchos de los profesionales y docentes españoles, que, en su conjunto han tratado este asunto desde muy diversos aspectos¹, y remitimos a estos trabajos para un estudio exhaustivo², pero resulta conveniente recordar someramente la evolución básica de esta formación educativa en biblioteconomía antes de llegar a la situación actual.

2. La perspectiva histórica

En general, hay que situarse en el siglo XIX avanzado para encontrar las ideas de necesidad de formación para los bibliotecarios³. Y, fundamentalmente, esto se da en el contexto del movimiento bibliotecario anglosajón, al amparo de profesionales que sientan los principios de la biblioteconomía moderna, coexistente con el surgimiento de las asociaciones científicas, y, en definitiva, cuando las bibliotecas adquieren importancia dentro de la sociedad como elementos de desarrollo a los que todos tienen derecho. Estas primeras escuelas fueron creadas deliberadamente para formar a los bibliotecarios profesionales, y por lo tanto era muy lógico el carácter eminentemente práctico de la formación que impartían, y no es hasta los años treinta cuando se produce un cambio de perspectiva desde la idea de entrenamiento de los profesionales hacia el enfoque con idea de

¹ Un estudio del estado de la cuestión, con bibliografía seleccionada y sistematizada puede encontrarse en: López Yepes, José: «La licenciatura en documentación, marco formativo de un nuevo profesional», *Revista General de Información y Documentación*, 5(1), 1995. Ver también: Espelt, Constança y Pons, Amadeu: «La formació universitària en Biblioteconomia i Documentació a Espanya: estat de la qüestió». En: Anuario Socadi de Documentación e Información, Barcelona, Sociedad Catalana de Documentació i Informació, 1997.

² Especialmente, para una visión global, consúltase: Delgado López-Cózar, Emilio: «La enseñanza de la biblioteconomía y documentación: una perspectiva global», *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios* (35) 1994.

³ La primera escuela de biblioteconomía la funda Dewey en 1887; es la *Library School*, en la Universidad de Columbia, y en ella se realizan cursos y prácticas simultáneas en la biblioteca de la universidad.

educación⁴. Digamos que poco a poco se van creando otras escuelas, y en 1937 se pueden contar 26 escuelas de biblioteconomía en Estados Unidos, para las que la ALA había elaborado unas normas de funcionamiento en 1925, en el inicio de una presencia de las asociaciones profesionales, en la formación de los bibliotecarios, que se va a continuar hasta hoy.

La historia de escuelas y bibliotecas a partir de entonces se ve muy influida por los acontecimientos que rodean a la profesión, sobre todo por la aparición de la documentación como disciplina, lo que da lugar a polémicas y enfoques diversos sobre la identidad, objeto, función y, lógicamente, forma de enseñar la profesión; diversidades que, en algunos casos, subyacen todavía hoy entre los profesionales, y que quizá fueron entonces irremediables, como son ahora las divergencias actuales en los planteamientos, porque se derivan de la necesaria adaptación a la gestión de la información en cada momento.

En cualquier caso, el camino largo para la integración sistemática de las enseñanzas parece que dobla uno de los recodos importantes entre los años sesenta y setenta de nuestro siglo, en que se fundan una gran parte de los centros de enseñanza, no sólo en Estados Unidos, sino también en Canadá y Europa, donde el proceso es más complicado, y los estudios de biblioteconomía, aunque no son homogéneos ni están exentos de problemas, se pueden considerar ya en ese momento medianamente organizados de forma global.

Han pasado cien años desde las primeras acciones en este sentido, lo que no es mucho tiempo si pensamos que se trata de una disciplina cuestionada como tal, y que además varía muy profundamente con la situación de cada momento. No es un período muy largo. Se diría que los profesionales de la información se pueden ver encajados en el hueco que les corresponde dentro de una universidad que imparte enseñanza reglada, en un tiempo que ya es su tiempo, cuando entonces, igual que el duende mágico de los cuentos, aparecen la informatización, la globalización, la sociedad del ocio y a la vez de la competitividad, el valor añadido de la información, la calidad total y el espacio digital. Y entonces el espacio conquistado se tambalea un poco dentro de una situación que de repente cambia, y a la que hay que adaptar las enseñanzas, porque los que en realidad se tienen que adaptar son el propio profesional y el mismo objeto de la profesión.

⁴ Hay que recordar que, en realidad, esta dicotomía «teoría o práctica», «disciplina científica o técnica» en el enfoque de las enseñanzas va a ser punto de debate a lo largo del tiempo, y casi hasta hoy.

3. La formación en España

En España, la evolución tiene algo de retraso con respecto a lo que se ha mencionado, y es en la década de los ochenta, y especialmente de los noventa cuando se configura y consolida el panorama de la enseñanza de la biblioteconomía en la universidad.

Como se ha dicho, existen en la bibliografía un gran número de aproximaciones a la historia y situación actual de la formación en biblioteconomía dentro de España. Muchos de estos trabajos exponen los antecedentes históricos, explican la creación de la diplomatura, licenciatura y tercer ciclo, exponen los planes de estudio de las distintas universidades españolas, comparan los programas, detallan los créditos de prácticas, y realizan estudios de adecuación de estos planes en relación al mercado laboral. Remitimos a ellos para un análisis detallado de cualquiera de estos aspectos, aunque quisiéramos recordar algunos puntos básicos.

El primero de ellos es que los orígenes de la formación en España se pueden contemplar incluidos dentro del modelo continental, y, en general, no enmarcados en la filosofía del movimiento bibliotecario que imperaba en el ámbito anglosajón a finales del siglo XIX, lo cual no obsta para recordar el interés demostrado por intelectuales como Menéndez Pelayo en la formación de los bibliotecarios. Antes, en 1821, se habían creado en las universidades cátedras de historia literaria y bibliografía así como de numismática y antigüedades, que debían impartir los bibliotecarios. Y ya en 1814 se había establecido en la Universidad Central un curso de diplomática y otro de paleografía, que también impartían los bibliotecarios, antes de que existiera *l'Ecole de Chartres*, en Francia, reputada como la primera escuela de paleografía del mundo. Estos cursos pasaron a realizarse en la Escuela de Diplomática y Paleografía, creada en 1856, en donde realmente se inició la formación académica del bibliotecario en España, y en los tres núcleos de conocimientos (historia literaria, bibliografía y paleografía) está también el origen de la formación profesional.

El peso que tuvo la Escuela de Diplomática fue muy grande en la conformación de la profesión bibliotecaria en España durante el medio siglo de existencia, hasta 1900. De hecho, los títulos otorgados (paleógrafo, paleógrafo-bibliotecario, archivero-bibliotecario, bibliotecario, archivero y anticuario, sucesivamente) fueron mérito en un principio y más tarde único título válido, junto con el de Filosofía y Letras, para las oposiciones del Cuerpo de Facultativos. Como se ha dicho, las enseñanzas respondían a un tipo concreto de profesional, que debía estar versado en las materias contempladas dentro del programa: paleografía general, paleografía escrita y

literaria, historia de España, elementos de arqueología, y diversas lenguas tales como latín de la Edad Media, gallego, castellano de la época romancesca, etc. Entre todo ello encontramos también asignaturas propias y exclusivas de los bibliotecarios como clasificación y arreglo de archivos y bibliotecas, reglamentos de bibliotecas, métodos, y, más tarde, bibliografía, incluida en la clasificación.

A la Escuela de Diplomática siguieron las cátedras de bibliología, más tarde de bibliografía), en Madrid y Barcelona, dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, con maestros como Pedro Sáinz Rodríguez, Simón Díaz, Rubió Lluch o Bohigas Balaguer. Y, al margen de otros intentos oficiales, hay que hacer mención a otros centros de formación. Especialmente al primero de ellos, la Escuela de Bibliotecarias de Barcelona, idea de Eugenio d'Ors, en funcionamiento desde 1915 hasta 1976, y dependiente de la Diputación, con programas que se fueron aproximando a los de las actuales escuelas, y germen de la actual Escuela de Barcelona. En Madrid, desde 1928, funcionaba la Escuela de Bibliotecarias del Instituto Internacional o de la Residencia de Señoritas, formalizada por la señorita Poley, que se había formado en Estados Unidos, y donde dieron clases, entre otros, Homero Serís y Elena Fortún. Además de la Escuela de Bibliotecarias de la Universidad de Navarra, creada por Alvaro d'Ors en 1967, hay otro centro que tiene una enorme importancia en la formación de muchos de los actuales profesionales, la Escuela de Documentalistas, en la Biblioteca Nacional, vinculada a la Dirección General de Bibliotecas, luego Centro de Estudios Bibliográficos y Documentarios, con formación a nivel de postgrado. Por último hay que recordar la Escuela de Documentación de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, que tendría mucho que ver en la actual Escuela de Biblioteconomía de dicha Universidad.

El panorama no está completo, pero sí dice de los muchos intentos para establecer una enseñanza para nuestros profesionales, y dice también de la necesidad existente a lo largo de todo el siglo XX para la formalización de estas enseñanzas, que hoy están integradas en la universidad española con todos los niveles académicos. En el año 1978 aparece la diplomatura en biblioteconomía, por medio del Real Decreto en el que se faculta a las universidades para crear sus escuelas o facultades e impartir las enseñanzas. Se cierra entonces una época, marcada por reuniones, escritos, y entrevistas en que los profesionales dejaban constancia de sus demandas, y empieza otro tiempo de consolidación de esta integración de la biblioteconomía en la universidad.

En todo este proceso se pueden establecer distintas etapas según autores; como ejemplo, López Yepes propone una etapa de antecedentes hasta 1978,

otra etapa de la diplomatura, y una última de la licenciatura, iniciada en 1992 con la aprobación del Real Decreto por el que se crea el título de licenciado⁵; y Garrido propone los siguientes períodos: implantación de la diplomatura, extensión de los estudios, asentamiento del título universitario oficial y establecimiento de la licenciatura⁶.

En cualquier caso, y al margen de estas y otras divisiones que se puedan hacer, la realidad es que actualmente se imparte la diplomatura en biblioteconomía en 10 universidades españolas⁷, y la licenciatura en documentación en tres de ellas; los planes de estudios se ajustan a las directrices ministeriales con la autonomía propia de cada una de las universidades, y el tercer ciclo está también presente en forma de *masters* y programas de doctorado impartidos en varias universidades.

Por otra parte, no hay que olvidar la existencia en España de otros escalones de la educación formal, establecidos mediante la LOGSE en 1986, en forma de módulos profesionales que posibilitan la formación de técnicos especialistas en archivos y bibliotecas, con lo que quedaría completa la escala de niveles de profundidad en la enseñanza de la biblioteconomía.

4. Algunos aspectos de interés

Una vez expuesta la situación en España, retomemos el final del punto anterior; pensemos de nuevo en el colectivo que se ocupa de poner la información a disposición de otros, (españoles incluidos, a quienes contemplamos ya superados sus desfases), todos ellos con posibilidad de enseñanza formalizada, a cien años vista de los primeros bibliotecarios profesores, y situados en el epicentro de una sociedad de cambio. Dado por supuesto lo imprescindible de la formación en biblioteconomía, y también el hecho de que la formación que se está impartiendo influye positivamente en el desempeño de la profesión y, por tanto, en los objetivos de los profesionales de la información, la pregunta a formular, a formularnos, podría ser *a quién se forma para que haga qué*, pregunta que parece ser el verdadero punto en que basar cualquier reflexión sobre este asunto, para poder plantearnos si la formación que se imparte es la adecuada.

⁵ López Yepes, José: Sobre formación profesional y problemática laboral de los bibliotecarios y documentalistas. IX Jornadas Bibliotecarias de Andalucía, Granada, 1996.

⁶ Al respecto véase: Garrido Arilla, María Rosa. «Licenciados en Documentación: plan de estudios y mercado laboral», Revista General de Información y Documentación 3(2), 1993.

⁷ Son Barcelona (1982), Granada (1982), Salamanca (1982), Murcia (1988), Zaragoza (1989), Madrid (Complutense y Carlos III, 1990), León (1990), Alcalá de Henares (1992) y Extremadura (1995).

No se pretende en este trabajo encontrar soluciones mágicas ni siquiera puntos de vista originales ante algo sobre lo que escriben intelectuales y profesionales de prestigio. Pero existen algunos aspectos sobre los que se podría reflexionar, que tienen que ver con las bibliotecas y los centros, con la formación y la información, y que se exponen a continuación.

4.1. *La situación actual de la profesión*

La cuestión central de todo esto, como ya se ha dicho, apunta a lo que es hoy esta profesión. Qué debe hacer el diplomado, el licenciado en biblioteconomía o documentación. En la época de Trithem, un bibliotecario adquiría los libros, los reunía en algún lugar, los ordenaba y organizaba, daba cuenta de ellos de alguna forma, posibilitaba su eventual consulta y los guardaba para el futuro. Con el tiempo todos los mecanismos para desarrollar estas funciones fueron cambiando y mejorando, y, con el tiempo también, se originaron algunos desplazamientos, distintos en las diferentes zonas del mundo, en la importancia que se daba a cada uno de estos procesos, de forma que en este siglo la tendencia a facilitar la difusión y la consulta adquirió una importancia significativa sobre el papel de la conservación, que había imperado durante muchos siglos.

«La vida es corta. Escríbela.» Es un reclamo de la firma Inoxcrom que estos días podemos encontrar como publicidad en muchos de los diarios, y bien vale aquí. Se escribía, se imprimía, y había muchos libros, de muchas clases, para ordenar y guardar. Así es que si se piensa en la evolución a lo largo del tiempo, aunque a partir de un momento determinado, y relativamente reciente, hace su aparición el usuario como elemento de interés en torno al bibliotecario, el objeto real sobre el que se trabajaba eran siempre los libros.

Las décadas de los setenta y los ochenta han empezado a desplazar todos los modelos mucho más allá de la presencia de ese usuario (que en algunos países llevaba ya cien años de existencia⁸). No es de objeto aquí analizar en profundidad el cambio de la sociedad, estudiado por un sinnúmero de autores, ni tampoco en lo que ha supuesto para la biblioteconomía. Es conocida y aceptada la relación entre adquisición y manejo de información, por una parte, y desarrollo de los pueblos y las instituciones por otra, desarro-

⁸ De hecho, hay que recordar que la creación de las primeras Escuelas de Biblioteconomía en Estados Unidos se produce en el contexto de servicio público que dio lugar a la revolución de las bibliotecas de finales del XIX y al establecimiento de la biblioteconomía como tal.

llo que se ha convertido, al menos en teoría, en cosa de todos. Es conocida también la irrupción de la competitividad en la sociedad del bienestar, de forma que el nuevo orden mundial de la información propuesto en el que apoyar el desarrollo se ve alterado por esa competitividad. Y en todo esto, claro, tiene mucho que ver la información. Y las bibliotecas, y los libros; pero se habla de información, no de libros; es la información la que se maneja, se trata y se ordena.

Es un cambio profundo, que todos conocemos, y al que todos tratamos de adaptarnos, entre otras cosas porque la tecnología ha tenido mucho que ver en ello, y el camino de la tecnología no tiene retorno. Es difícil pensar en volver al epistolario tradicional cuando el correo electrónico nos permite comunicarnos con auténtica inmediatez, y así con tantas otras cosas. En uno de los periódicos de mayor tirada nacional, el escritor Félix de Azúa comentaba recientemente que su generación era la última generación que leía, y, al margen del alcance de esta afirmación, sí pareciera que la cultura impresa se tambalea, sin que se quiera decir que esto sea bueno o malo, únicamente una realidad. Alvin Kernan, en un artículo comentado por López Yepes⁹, explica el abandono progresivo de la práctica de la lectura en las sociedades que se mueven en un marco tecnológico, explicación que es posible asumir en muchos puntos.

Por otra parte, el cúmulo de material informativo es inmenso. De hecho, ya en 1613 Barnal y Rich se quejaron de esta abundancia: «Una de las desgracias de esta época es la multiplicidad de libros; sobrecogen el mundo de tal manera que no es posible digerir la abundante cantidad de materia inútil que cada día se produce y se publica.» Huelga hablar de la multiplicación de los recursos informativos desde entonces hasta ahora. Y también este material es variopinto, y tampoco es necesario hablar de ello. Pero entonces, con más razón, es deseable su selección y es imprescindible su organización, es decir la organización del conocimiento que atribuimos como función a la biblioteconomía.

Esta es la situación. Y, en relación con nuestro marco profesional, las implicaciones son extraordinariamente importantes para organizar esa resolución de las necesidades de información de los usuarios, que es la función generalmente asumida para la que se tiene que formar. La revisión de las formulaciones propuestas por teóricos como Shera o Nitecki acerca del objeto de la biblioteconomía como una relación entre libros, conocimiento y usuarios nos conduce a pensar que los libros han cambiado, la información no es la misma, las herramientas para crear conocimiento son diferen-

⁹ Kernan, Alvin. «¿El adiós a la lectura?», Facetas, 1994 (2), pp. 68-72. Y López Yepes, José. op.cit.

tes, y los usuarios también son distintos. Todo se ha movido de su sitio, y por lo tanto esa relación entre los elementos también. Expresado de otra forma, los puntos del trinomio tradicional en que se sostenía la biblioteca (libros, edificios y personal) tienen una importancia diferente y son difíciles también de situar.

La función del profesional de la información ante este cambio está documentada en multitud de trabajos, y digamos solamente que la flexibilidad y la adaptación propuesta por Michel Heery¹⁰ son imprescindibles para este profesional que, en muchos casos, podrá no tener que ver con libros dentro de poco, aunque ahora formen parte de su entorno cotidiano. Su papel ha pasado desde custodiar el material bibliográfico a difundir la información; más aún, en esa difusión de la información, si en un principio dirigía el proceso de transferencia, se ha convertido en un simple intermediario, en vista de que el usuario sabe cada vez más lo que quiere y, cada vez también, sabe utilizarlo mejor¹¹. Todavía más, ese usuario, que hemos transformado en un cliente, resulta que puede ser perfectamente un cliente a distancia, un cliente invisible, y cuyas necesidades acerca del tipo y forma de recibir la información varían tremendamente. De hecho, en algunos casos se empieza a pensar que el profesional de la información, no es sólo un gestor de información sino un creador de conocimiento porque ha pasado de proporcionar información a organizarla, y a organizarla tanto que en muchísimas ocasiones esa información elaborada es tan reelaborada que es nueva información, conocimiento nuevo. Esto se puede aplicar a los profesionales que trabajan en muchos ámbitos, universidades, empresas, centros de investigación o centros de toma de decisiones. Y, paralelamente, se mantienen los usuarios o clientes que no acceden a la información, valga la redundancia, por necesidad de informarse, sino por gusto, por entretenimiento, por diversión, como elemento de placer. Estos son entonces el universo, el tiempo y espacio en los que se mueve la información.

4.2. *Las características de la formación en biblioteconomía y documentación*

Otro aspecto a tratar son las características inherentes a la enseñanza de la biblioteconomía y la documentación.

¹⁰ Heery, Mike: «Cómo conducir el cambio a nuestro favor: las implicaciones del cambio organizativo, educativo y tecnológico para las bibliotecas universitarias», Boletín de la Anabad, 1996.

¹¹ Morán Suárez, M^a Antonia y Rodríguez Bravo, Blanca: «La formación y los profesionales», V Jornadas de Documentación automatizada, 1996.

a) La dicotomía teoría / práctica

Seguramente la más importante de todas ellas, característica distintiva de la educación en biblioteconomía, es la dicotomía teoría / práctica, derivada de su propia naturaleza como disciplina orientada a la organización de servicios para facilitar el conocimiento, y cuyo enfoque resulta decisivo a la hora de elaborar un planteamiento de formación, y de pensar en la propia integración en la universidad.

Algunos profesionales y docentes hacen frente a esa tendencia a la práctica de que hablamos, manifestada en muchas ocasiones, y derivada del devenir histórico de esta disciplina, como es Manuel Carrión, quien argumenta lo conveniente de hacer doctrina en vez de limitarse a copiar modelos. Y una propuesta interesante y formulada en defensa de la necesidad de teoría y discurso biblioteconómico es la de Josefa Sabor, que presenta varias razones de apoyo.

La primera de ellas es la visión del *corpus* teórico como fuente de imaginación y creación, porque sólo con los principios y teorías los profesionales son capaces de crear, sin perderse en la realidad de lo exterior y cotidiano, teniendo en cuenta además que, muchas veces, la pobreza técnica y administrativa de los centros hace que los procesos o servicios que en ellos se prestan no puedan ser considerados como modelos de lo que realmente tiene que ser la práctica de la profesión.

Otra razón tiene que ver con los propios profesionales y con el significado de la educación. Se pretende, dice Sabor, fomentar en los profesionales actitudes y aptitudes críticas y dialécticas, más que formar individuos expertos en rutinas, y eso sólo se consigue con un discurso teórico sobre el que apoyar principios y discusiones.

Por fin, una última razón afecta a la biblioteconomía y documentación como disciplina. Una disciplina científica se fundamenta, en parte, en la investigación, y la investigación surge desde un cuerpo teórico que se va formando sobre nuevas aproximaciones al conocimiento. Y además es indudable que para los bibliotecarios, aunque lógicamente no todos se dediquen a la investigación, es importante conocer la información producida en su campo para enfocar adecuadamente sus actuaciones, para tomar decisiones, para valorar su propio trabajo.

Josefa Sabor propone como procedimiento para la educación en biblioteconomía un conjunto de mecanismos, entre ellos, el desarrollo de un procedimiento expositivo, la discusión en clase, los trabajos escritos, las conferencias y comunicaciones, la observación de centros y procesos, etc. Pero no deja fuera las prácticas en las bibliotecas, la metodología del estudio de casos concretos ni el contacto con los profesionales para el éxito de la formación.

b) La importancia de los profesionales

Este aspecto, la importancia de los profesionales, es otra característica de la formación en biblioteconomía y documentación, como ya se ha esbozado. Es cierto que hay que partir de unas bases teóricas en toda disciplina científica, pero en nuestro caso, la resolución de problemas en esta intermediación entre información y usuario tiene mucho que aprender de la experiencia. La batalla teoría-práctica no se ha producido porque sí. Aquellos que ya han llevado a cabo determinados procesos, y con más o menos éxito, saben cómo se deben realizar o no realizar, y por lo tanto, la experiencia de los profesionales es entonces fundamental, al margen de la necesidad del discurso teórico.

c) La adaptabilidad

También se puede hablar de otra característica de mucho interés, que es, como las anteriores, un requisito para el planteamiento adecuado de la formación. Es imprescindible ser adaptables. Adaptables en los procedimientos de enseñar, en los propios contenidos. Y así es precisamente por la naturaleza del mundo de la información, por todo lo que ya se ha dicho. Se trata de resolver problemas, unir información y usuarios, unir usuario y conocimiento, usuario y mensaje, intervenir en el proceso de la comunicación humana. Si los elementos que rodean este proceso son susceptibles de cambio, es obligatorio que la enseñanza sea adaptable a ello. Y recordemos que lo distintivo de nuestro tiempo es que el cambio se produce en mucho menos tiempo que el que una generación necesita para adaptarse. Entonces, si no revisamos y adaptamos contenidos es posible que, en un momento dado (y muy pronto), nos encontremos con que estamos tratando de enseñar la utilización de unos recursos que ya no sirven, o tal vez unos procedimientos que no son de uso, o incluso explicar (y no desde el punto de vista histórico sino para su resolución) determinadas situaciones que los alumnos ni siquiera pueden recordar porque no han conocido.

d) La amplitud y la interdisciplinariedad

Por último, parece conveniente hacer mención a otra aspecto, que es la amplitud de contenidos. Obligatoria en el caso de una profesión que se relaciona con tantas materias, desde las puramente técnicas como la informática a las tradicionalmente llamadas sociales como la psicología, la

sociología o la organización de empresas, además de pensar que la documentación puede estar especializada en cualquier área temática. Esta interdisciplinariedad se deriva del hecho de que la biblioteconomía se ocupa de resolver situaciones y ser nexo de unión; al unir distintas disciplinas científicas necesita de ellas para su investigación y desarrollo, y hay que tener en cuenta que las cuestiones no se pueden solventar dentro de los límites de una sola disciplina, porque ninguna tiene todas las respuestas a la complejidad de la situación y, por lo tanto, es necesario utilizar teorías, análisis, técnicas y tecnologías de cualquier disciplina que sirva para organizar la información con vistas a la creación de conocimiento por parte de los usuarios.

La necesidad de vinculación con otras áreas, (entre otras, todas las ciencias del libro, la psicología, la lingüística, la gestión y planificación, la informática), trata de resolverse con su inclusión en los planes de estudios de las diversas universidades, como respuesta académica a esta característica derivada de la misma esencia de la biblioteconomía.

4.3. *Consideraciones sobre la situación actual de la enseñanza*

El último punto de esta reflexión trata de reflejar algunas consideraciones sobre la situación actual. Recordemos que, en general, el planteamiento de la biblioteconomía dentro de la universidad está establecido a todos los niveles, como cursos para impartir un grado (de diplomado o licenciado) y como cursos para postgraduados (másters o doctorados), y también hay que considerar los cursos propios de esta especialidad que, además de figurar en los planes de estudios propios, se imparten en otras carreras para la enseñanza de la documentación especializada en otras materias. Las denominaciones más frecuentes de los titulaciones impartidas en Europa son *Library and Information Science*, *Information Science* y *Librarianship*.

En cuanto a los planes de estudios, hay numerosos estudios comparativos, tanto para España como en general. Estos planes de estudio responden, lógicamente, a esa necesaria adaptación de la que se hablaba, aunque hay que tener en cuenta que las estructuras, y más las académicas y administrativas, irán siempre un poco por detrás de lo que existe en la realidad. Los profesionales se preguntan: «¿Tiene algún sentido consagrar todas nuestras fuerzas a defender el último bastión de la enseñanza de lectura y la interpretación de materiales impresos? Sin dejar de atender esas actividades tan vitales para la sociedad, ¿no sería sensato empezar a desplegar grandes esfuerzos para desarrollar no sólo la alfabetización en informática sino también nuevos materiales audiovisuales que complementen la enseñanza

de las asignaturas básicas tradicionales?¹²». Y también: «¿Para qué hacer de ella [la catalogación] un elemento tan fundamental en la formación del personal si en el futuro con sistemas como los de la OCLC serán pocas las personas destinadas a estas tareas?¹³». Todo tiene que tener su tiempo para producirse, desde luego, pero los planes de estudios responden en la medida de lo posible a estas preguntas, tratan de anticiparse a ellas, y buena prueba es que asignaturas relacionadas con las tecnologías de la información o con la gestión de la información están presentes cada vez en mayor medida en los planes de estudios de todas las universidades, y siguen en franco crecimiento. Las prioridades de investigación, ya en 1994¹⁴, estaban muy alejadas del estudio de los sistemas tradicionales de almacenamiento y difusión de la información, y análisis comparativos más recientes demuestran la consolidación de esta tendencia. Y como temas para tener en cuenta en los planes de estudio, además de las áreas de tecnología, se apuntan la planificación de recursos humanos, la cultura de la organización, la estrategia de la planificación, la comunicación dentro de la organización, el desarrollo del liderazgo, el mecenazgo, la educación profesional continuada, o el aprendizaje en el trabajo.

Estos planes de estudio, en España y fuera de nuestras fronteras, contemplan siempre una parte de prácticas, más o menos duradera según universidades, en términos de créditos a cursar. Y tienen muy en cuenta la adaptación a las demandas del mercado, como demuestran las comunicaciones a congresos y seminarios que tratan este tema cada vez más en profundidad. Pero su adecuación a la realidad es permanente objeto de debate en estos y otros foros, donde se suele mencionar la distancia que existe entre las enseñanzas impartidas y la realidad con que se encuentran los diplomados o licenciados como factor a mejorar. Las perspectivas son diferentes según se manifiesten por parte de los docentes, los profesionales en ejercicio o la propia sociedad, representada por los administradores o responsables de contratación, y puede ser de interés aportar una pequeña muestra de estas opiniones.

Por una parte, las observaciones de los docentes más frecuentemente recogidas en la bibliografía tratan de la ineficacia de la selección que se realiza entre los aspirantes, que debería ser más rigurosa tanto en cuanto

¹² Koenig, Marie Hélène: «*Bibliothécaire: quel métier?*», BBF 39(5) 1994, p. 68. Citado por López Yepes, op. cit.

¹³ Delgado, op.cit.

¹⁴ Según un estudio publicado en 1994, los porcentajes en el interés de la investigación eran entonces: Library and Information Science (13,0%), Information retrieval (10,0%), Foundations and theory of information science (9,5%), Hypertext, hypermedia, multimedia (9,5%, en crecimiento), Information management (8,5%).

al número de alumnos para adecuarse a las demandas del mercado, como en lo que se refiere a la calidad para admitir a los mejores y conseguir una mayor investigación de calidad. Los profesores también se pronuncian por cursos la realización de cursos de biblioteconomía dentro de otras diplomaturas o licenciaturas y, paralelamente, la presencia en los programas de estudios de complementos de formación relacionados con otras materias.

En cuanto a los profesionales en ejercicio, que no siempre apoyan a las asociaciones profesionales (que parecieran su cauce de expresión más efectivo), son parte interesada en la dialéctica teoría / práctica de la que se ha hablado, y están de acuerdo en general con la educación teórica apoyada en un periodo de prácticas. Piden especialistas tanto en áreas de conocimiento como en temas profesionales, y proponen la inclusión del criterio de utilidad en la evaluación de asignaturas a incluir en los planes de estudio. En definitiva, son ellos quienes luego van a trabajar con los nuevos titulados y quienes verán de cerca si la formación responde a la realidad.

Los responsables de seleccionar y contratar al personal, en primer lugar, consideran la titulación como un factor positivo ya que es un criterio fácil para la selección, prefieren a los aspirantes con especialización técnica y, en realidad, buscan el empleado ideal, con conocimientos que puedan resolver los problemas de información que se presenten en cada centro.

Por otra parte, además de la regulación de las autoridades académicas, con la integración de la enseñanza en la universidad, hay que hacer mención al papel, ya esbozado, de las asociaciones profesionales en la formación que se imparte. En el ámbito internacional, la acreditación de las asociaciones como la ALA, la LA o la ADBS deja de ser un mérito para empezar a convertirse, cada vez con más frecuencia, en un requisito. Se acreditan profesionales, cursos, y también programas de estudios completos o Escuelas, de forma que, por ejemplo la acreditación de los MSS (*masters on Library Science*) de la ALA es muchas veces imprescindible para optar a un puesto de trabajo.

El *Committee on Accreditation* de la ALA, creado en 1956, el mismo año en que salieron los primeros *Standards for Accreditation*, ha establecido uno de los modelos con más prestigio para la certificación; actúa para Estados Unidos y Canadá, y con ocasión de la última revisión de las normas de acreditación, ha integrado entre sus miembros a representantes de otras asociaciones profesionales de Estados Unidos, la ASIS (*American Society for Information Scientist*) y la SLA (*Special Library Association*). La acreditación es un proceso voluntario, y pretende mantener la calidad

en la formación profesional, con criterios flexibles, más de calidad que de cantidad, y en el caso de la acreditación de las Escuelas, son puntos a tener en cuenta en los estándares no sólo la especialización y variedad de los programas, sino también la biblioteca, las instalaciones, y la bibliografía, entre otros. Un punto importante es la exigencia de que el programa esté garantizado por la universidad e integrado plenamente en ella. En parecida línea se mueven otras asociaciones como la LA, que mantiene además un registro de profesionales, o la ADBS, cuyo sistema de acreditación ha servido de base para los planteamientos en el caso de la certificación para España.

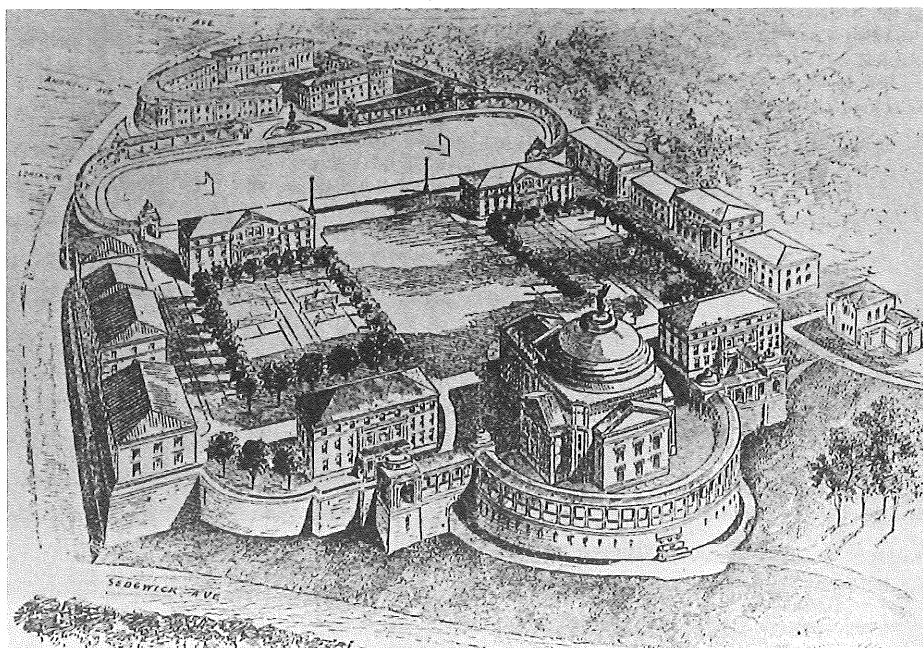
Para España, es cierto que la integración de las enseñanzas en la universidad ha llegado con un poco de retraso. Pero hay que pensar que en el curso de muy pocos años se ha llegado a una integración de las enseñanzas completa, la investigación avanza de forma muy esperanzadora, como lo muestra el aumento de publicaciones y tesis doctorales, y la regularización de los docentes, enmarcada en la LRU y su posterior desarrollo normativo, se puede considerar un hecho. Se puede decir que el autodidactismo, uno de los rasgos atribuidos a los profesionales españoles de la información, explicable por otra parte, pertenece a una etapa que empieza a terminarse. Y la preocupación constante por la armonización de las enseñanzas con vistas a la libre circulación de profesionales dentro de la Unión Europea ha hecho que actualmente podamos pensar que quizás ese desfase con el que empezábamos la década de los noventa ya está superado. Por último, el Plan de Certificación de documentalistas, bibliotecarios, archiveros y otros profesionales de la información está puesto en marcha desde 1997 por parte de la SEDIC, de acuerdo con la normativa europea¹⁵.

5. A modo de conclusión

A modo de conclusión de esta exposición sobre bibliotecarios, información y formación, las palabras que Perian Danton formulara en 1950: «Una escuela de biblioteconomía no puede dirigir su esfuerzo exclusivamente hacia las necesidades y prácticas comunes y tradicionales de las bibliotecas; debe, además, fomentar lo nuevo, investigar lo viejo, reexaminar lo aceptado, experimentar lo no experimentado, y, en suma, convertirse en

¹⁵ Portela, Paloma: «La certificación de profesionales de la información y la documentación», Anuario Socadi de Documentación e Informació, Barcelona, Societat Catalana de Documentació i Informació, 1998.

guía dentro de su especialidad.» Fomentemos lo nuevo, investiguemos lo viejo. Tratemos de experimentar lo no experimentado. Podemos convertirnos en creadores o no, no sabemos, pero sí es seguro que lo que hagan los humanos para continuar la civilización y seguir consolidando la sociedad seguirá dependiendo mucho de la forma en que se organice y facilite la información que ya existe y que se va produciendo, y eso tiene su importancia; igual que la ha tenido en todas las épocas y en todos los sitios, la misma que tenía en Alejandría, en la Biblioteca.



Mc Kim, Mead and White: Plan maestro de la Universidad de Columbia